

como si ya hubiera muerto”, con lo cual elimina la conciencia: el yo-observador; con lo cual puede lograr sus fines sin experimentar tensión, pero también sin convertirse en un malvado o en un ser antisocial.

En marcado contraste —desde el punto de vista occidental— con el rigor del código ético, y con el grado en que se practica la autodisciplina, la educación de los niños en el Japón permite una gran libertad inicial a los individuos; de tal modo que, la curva de la vida japonesa podría darse por una U, con máximos de libertad en los años de la niñez y de la ancianidad, y con un mínimo de libertad y un máximo de restricciones en los años medios de la vida, contra lo que sucede en Occidente en que se alcanza la máxima libertad en estos años, y se está sujeto a las mayores restricciones en las edades extremas de la vida.

La secuencia contrastada entre un período de libertad infantil, y uno de sujeción adulta, son interpretadas por Ruth Benedict como una discontinuidad de la educación japonesa, a la cual hay que atribuir “las contradicciones que se dan en el comportamiento de los varones japoneses, y que resultan tan notables para los occidentales”, ya que dicha solución de continuidad provoca la aparición de un dualismo en el carácter japonés, el cual —a su vez— provoca serias tensiones y conflictos.

Esquemmatizado en esta forma, el libro de la doctora Benedict muestra su inaprehensible riqueza de contenido, así como el serio esfuerzo realizado por la autora para penetrar en la mentalidad japonesa que, aun esbozo, muestra un contraste tan marcado con la mentalidad occidental. Que el resultado obtenido no haya logrado la mayor fortuna en todos los casos —según indican algunos comentaristas recientes de la obra—, no resta

valor ni al esfuerzo logrado ni a su plasmación, ya que la misma aparición de esos comentarios y glosas, muestra bien a las claras que el libro de Benedict ha de convertirse en punto de referencia obligado para los estudios relativos a la mentalidad japonesa, y en adecuado paradigma de la forma de trabajar que tiene el estudioso, servido de un instrumental psicológico, antropológico y sociológico al enfrentarse a los problemas que plantea el estudio medular de una cultura.

MINAMI, HIROSHI: “Human Relations in the Japanese Society”. *The Annals of the Hitotsubashi Academy* Vol. IV, No. 2, April, 1954. Kunitashi, Tokyo, Japan.

La primera parte del trabajo del profesor Minami reproduce con ligeras modificaciones un comentario publicado en el *Minzokugaku Kenkyu* (revista japonesa de Etnología), a raíz de la aparición de *The Crysanthemum and the Sword*, en tanto que la segunda parte constituye uno de los capítulos de *Nihonjin no Shinri* (psicología del pueblo japonés), obra del propio Minami, aparecida en 1953.

La primera parte, a su vez, enfrenta: las cuestiones metodológicas, el problema de la definición de “el japonés”, y el de la personalidad dualista atribuida al japonés.

En el apartado metodológico, Minami contrasta la forma de trabajar de las dos más notables antropólogas norteamericanas de los últimos años: Mead, que utiliza de preferencia los estudios de casos individuales, y Benedict que prefiere el estudio grupal e institucional, de tal modo que, mientras la primera pone la psicología individual al servicio de la psicología social, la segunda trata de explicar el

comportamiento individual mediante el estudio de la psicología del grupo.

El método de estudio empleado por Benedict tuvo, según el autor, el serio inconveniente de que, al aplicarse al Japón tropezó con la dificultad de que a Benedict le resultaron inasequibles muchas fuentes relativas al Japón contemporáneo, así como muchos otros estudios recientes escritos tanto por norteamericanos como por japoneses. De este modo, Minami duda de que Benedict haya tenido una comprensión real de la historia japonesa a partir de la reforma Meiji.

De otra parte, por haber creído Benedict que la cultura japonesa había llegado a estacionarse a partir de esa reforma, aplicó la técnica de la entrevista a japoneses residentes en Washington, constituyendo una muestra que Minami juzga inadecuada en número y calidad, ya que los interrogados fueron, sobre todo, personas pertenecientes a generaciones que salieron del Japón hacia la época de la restauración y que, desde entonces tuvieron poco contacto con la cultura japonesa en desarrollo. De este modo, la muestra resulta poco representativa del universo que pretende reflejar, con lo que el estudio de Benedict resulta para Minami falto de precisión y sentido dinámico al privársele de la adecuada perspectiva histórica, lo que no obsta para reconocer que Benedict encontró varios aspectos de la cultura japonesa.

En cuanto al concepto de lo que sea el japonés —y esto sería utilizable para los preocupados de lo que sea el mexicano—, Minami ofrece tres posibilidades: 1. desde el punto de vista de las clases sociales, será aquél que se encuentre hacia la mitad de la escala social; 2. desde el punto de vista estadístico, el que pertenezca a la clase más numerosa; 3. desde un punto de vista abstracto, uno obtenido por la agregación de características de múl-

tiples individuos, siendo este último el concepto que utiliza Benedict, y el cual da rigidez a la presentación al ignorar los verdaderos problemas de la psicología social japonesa.

Minami señala, al respecto el error cometido por Benedict al acogerse a un enfoque mecnicista de la psicología social, que *no* estudia a una sociedad como “un complejo de clases móviles y que trata de encontrar un denominador común entre los componentes de cada clase en el comportamiento social”.

Con menos claridad, pero con igual fuerza, el autor combate el punto de vista del dualismo en el carácter japonés, sostenido por Ruth Benedict, al mostrar que el extraordinario énfasis puesto por dicha antropóloga social en la discontinuidad de la educación japonesa, debe aligerarse, ya que hay áreas considerables de la misma en la que existe una verdadera continuidad gracias a la influencia del ambiente social, lo cual impide el mantenimiento de una fácil generalización al respecto.

La segunda parte del trabajo de Minami, parte de la afirmación de que un estudio de psicología japonesa debe tener un sólido cimiento histórico que permita comprender el grado en que al lado del capitalismo actual perviven restos feudales en sutil balance sobre el cual se entretienen las relaciones humanas.

De este modo, mientras el *giri* corresponde a lo tradicional y no modernizado de la cultura japonesa, el *gimu* corresponde a derechos respaldados por el concepto moderno de derechos en la sociedad capitalista.

El *giri* reclama del individuo una visión clara de cuáles son sus relaciones con los demás en la vida social, y la forma en que debe actuar frente a cada uno de sus semejantes; se origina en la demanda de lealtad y servicio hecha por los

de arriba a los de abajo, y en el correspondiente afecto y gratitud que cabe a los segundos esperar de los primeros.

Este concepto del *giri* como mutualidad, desaparece desde la época Meiji, en que se acentúa el servicio irrestricto del emperador y la obediencia absoluta a la autoridad.

Tras esa forma de obligación ante el emperador, viene aquel otro *giri* que liga a padres e hijos, y en general a los miembros de una familia, y que vincula indisolublemente al *giri* con el *ninjo* (o afecto), lo cual es extremadamente importante, si se tiene en cuenta que todas las relaciones humanas japonesas están impregnadas de los patrones familiares. Sin embargo, en muchas ocasiones, el *giri* familiar se asemeja mucho a la lealtad entre los samurai de la era Tokugawa que implicaba el sentido de cambio o contrato.

No obstante los esfuerzos hechos para vincular indisolublemente *giri* y *ninjo*, son ambas dos fuerzas motoras que entran a menudo en conflicto, siendo frecuentemente tema de las tragedias japonesas ese choque del *ninjo* y el *giri*. Minami considera que si se trata de modernizar y racionalizar las relaciones humanas en el Japón, debe de suprimirse el énfasis puesto en el *giri*, y consecuentemente eliminar el conflicto entre *giri* y *ninjo*, pero teniendo siempre el cuidado de evitar que esta racionalización lleve al egoísmo de posturas como las de Yamazaki, quien al mismo tiempo que resistía al *giri* y al *ninjo*, renunciaba al amor y a la confianza humana, lo que había de dar por resultado su suicidio después de la bancarrota.

Como una especie de producto del *giri-ninjo*, el individuo japonés está sujeto al *hombun* que es una especie de deber de comportarse en determinada forma, de acuerdo con su estatus social; deber que sigue al individuo día y noche: un estu-

dante debe comportarse como tal aun fuera de las clases; las faltas cometidas por el empleado de una empresa fuera de las horas de oficina deberán ser consideradas como faltas cometidas dentro de la empresa misma; al japonés en general, le es difícil trazar una línea entre los asuntos públicos y la vida privada.

Esta confusión entre la vida pública y privada tiene desastrosas consecuencias en cuanto al poder de que dispone un empleado oficial no se limita al que es necesario para la realización de sus funciones, lo cual da lugar a abusos de su parte.

Además, el hecho de que las relaciones feudales que gobiernan el status social penetren en una sociedad moderna de estructura capitalista produce trastornos considerables, puesto que, en lugar de que el poder y la responsabilidad vayan mano a mano, el primero sobrepasa a la segunda; ésta, a su vez, es evadida por el superior que deja todo en manos de sus subordinados, y de éstos que dicen esperar la decisión de sus superiores.

De ahí que Minami señale como necesario para la estructuración de una nueva sociedad japonesa, la eliminación de esos tipos oscuros de relación humana creados por la atmósfera oscura de *Giri-ninjo-hombun* y que, a su vez, producen una psicología social distorsionada.

El problema que habría que plantear a Minami sería el de determinar la forma en que dicha eliminación del *giri-ninjo* habría de lograrse en el terreno práctico de la vida japonesa de hoy.

SAFVET ATABINEN, RECHID: *Les Apports Turcs dans le peuplement et la civilisation de l'Europe Orientale*. T. A. C. T. Cituris Freres. Galata-Istanbul, 1952.

Rechid Safvet Atabinen es miembro fundador de la Sociedad de Historia tur-